

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Miércoles, 14 de Enero de 2009

LA BARCA DE CARONTE.

TRIGÉSIMO CAPÍTULO.

LA EXTRAÑA PAREJA.

La policía prosigue registrando la habitación 124 del Hotel Valera en Cádiz. Todo comenzó con una llamada de alerta que un grupo de excursionistas había realizado una semana antes. Mientras paseaban plácidamente por la playa sur de Cádiz, se toparon con una extraña pareja. Una pareja que se salía de lo común. Tanto, que no pudieron diferenciar quien era el hombre y quién la mujer, a pesar de que uno de ellos tenía los cabellos largos, lacios y muy rubios, casi resplandecientes. El otro los llevaba más cortos, pero vistos de frente, eran idénticos. No había rastros de barba en ninguno de ellos. Y uno de los excursionistas se fijó en un detalle un poco sorprendente: al menos el situado a la izquierda... no tenía pupilas.

Los excursionistas comenzaron a rumorear sobre la extraña pareja. Habían sido unos segundos los que habían pasado al lado de ellos, pero los marcaron para siempre. Sin embargo, el guía intentaba quitar importancia al hecho y centrarse en la semana de vacaciones que les esperaba por delante. Y los excursionistas disfrutaron de un buen día de sol, playa y cultura gaditana. Pero cuál no fue su sorpresa, cuando al regresar al hotel, cuando bajaban del autobús, a las puertas del Hotel Valera, ahí estaban los dos. Los mismos que tantos rumores e impresiones habían generado. Y aunque los miraban con cierto recelo, ellos los saludaban amablemente, aunque con un acento muy parecido al nórdico. Parecían muy educados. Mientras cenaban en el comedor del hotel, hicieron el recuento de las habitaciones y el número que a cada cual se le había designado. Y comprobaron, algunos con pavor, cómo la habitación final de la planta que les correspondió del hotel, era la ocupada por la pareja de nórdicos. Muchos quisieron cambiar de planta, pero ya no había nada que hacer.

La primera noche, uno de los miembros de la expedición de excursionistas quiso gastar una broma a sus compañeros. Pero lo que ocurrió posiblemente lo escarmentó y seguro que desde entonces, se lo piensa más de dos veces antes de gastar una broma. Este hombre, Manuel, utilizando uno de los cajones del armario de su habitación, quiso golpear las paredes y las puertas para asustar a sus compañeros. Pero cuando salió al pasillo oscuro, pasillo que daba a las habitaciones 110 a 124, comprobó cómo al final, una luz blanca impresionante sobresalía bajo la puerta de la habitación 124. Guiado no sabe muy bien cómo, como un resorte invisible que lo empujaba hacia el fondo del pasillo, Manuel se plantó ante la puerta 124. Se tumbó, y comenzó a mirar a través de la rendija entre la puerta y el suelo. Manuel tenía miedo de quedar cegado por la luz, pero la luz no cegaba a la vista. Ahí dentro no había algo normal. El espejo del armario le ayudó a contemplar toda la escena. Había una enorme cápsula, del tamaño de una puerta de la que emanaba la luz. De ella también salían dos enormes gomas que acababan en lo que parecían ser las narices de la pareja nórdica. Pero ellos ya no tenían aspecto humano. Su piel era de un color azul turquesa bastante atrayente. Y sus ojos eran dos enormes almendras de color rojo. Y no había pelo que lucir. Todo ello lo contempló Manuel durante unos treinta minutos. Después, los seres guardaban la cápsula, o eso parecía, porque la dejó de ver, y volvieron a adoptar la forma nórdica original. Estupefacto, Manuel regresó a su habitación, la 111, mientras le rondaban por la mente todas y cada una de las imágenes que había sido capaz de contemplar. Cuando despertó, Manuel pensó que todo había sido un sueño. Y así prefirió creerlo.

Al día siguiente, mientras el grupo de excursionistas visitaba el museo provincial, Tristán decidió dar una vuelta por su cuenta por el centro de la ciudad. Mientras se tomaba plácidamente una caña sentado en una refrescante terraza de Cádiz, comprobó algo que le pareció raro. La pareja de nórdicos, que estaban en un bar justo frente a él, parecían ingerir sus bebidas a través de la nariz. Tristán se frotaba los ojos, no daba crédito a lo que estaba viendo. Y de repente, ellos parecieron darse cuenta de que Tristán los estaba observando. Lanzaron una mirada brutal a Tristán. Él, antes de apartar rápidamente la mirada hacia otro lado, pudo grabar en su mente cómo los ojos de los nórdicos los había visto completamente rojos. Unos minutos después, y a pesar de que estaba bastante sobresaltado, Tristán apuró su caña y se marchó. Decidió que no se iba a incorporar al grupo de excursionistas. Que hoy descansaría. Pero al regresar al hotel, en el ascensor, se topó con la pareja de nórdicos, que parecían recién despiertos e iniciar en ese momento el día de excursión. Tristán les preguntó si no habían visitado el centro de Cádiz esa misma mañana. Ellos lo negaron rotundamente, y para justificarlo le preguntaron al recepcionista, el cual asintió que los nórdicos no había salido del hotel en toda la mañana. Tristán no comió ese día, durmió hasta las nueve y media de la noche. Después bajó a cenar. Y mientras sus oídos escuchaban el relato de un día visitando el centro de Cádiz que sus compañeros habían disfrutado, no dejaba de pensar en todo lo que había visto aquella mañana. Pero cuando cayó la noche, prefirió tomarse alguna bebida para olvidarlo todo. Aunque lo consiguió solo por unas horas.

Carla bajó unas noches después, a la recepción, para realizar una llamada a casa. Pero había un pequeño tumulto. En el recibidor estaban sentados los nórdicos. Uno de ellos parecía haber tenido un pequeño accidente casero. Tenía su mano cubierta por una enorme gasa, una enorme venda. Carla les preguntó, y amablemente, contestaron que “ella” se había pillado la mano con la puerta del armario y se había hecho un pequeño corte. Sin embargo, y mientras respondían amablemente, Carla pudo comprobar cómo una línea de un líquido verde azulado chorreaba a través de la gasa y empapaba la venda. Ellos parecieron no percatarse, pero el rostro de Carla estaba cambiando por segundos. Después de haber visto aquello, a Carla no le quedaron fuerzas para llamar a casa. Prefirió tomar dos aspirinas y un somnífero, y dormir. Solo dormir.

En uno de los últimos días de la estancia de los excursionistas en el hotel, ya anocheciendo, después de cenar, todos pudieron oír un extraño sonido, que parecía provenir de la habitación 124. El sonido era similar al que hace un hacha al chocar con un tronco cuando se tala un árbol. Pero el ritmo era bastante más alto que el que pudiera tener cualquier leñador. Avisaron inmediatamente a la recepción, pero cuando el encargado subió, ya no se escuchaba nada. Llamó a la habitación 124 y habló con los nórdicos. Todo parecía transcurrir con normalidad. Y los excursionistas se calmaron. Aunque, como es natural, algunos miembros de la expedición ya no estaban muy tranquilos. Pero unas horas después, el sonido volvió a resonar en la planta. Solo algunos se sobresaltaron y despertaron. Pero no había luz eléctrica. Desde hacía unos minutos se había producido un enorme apagón en Cádiz. En 1957, Cádiz no era la ciudad que es ahora. Jaime, Marta, Luisa y Esteban fueron los primeros en abrir a oscuras las respectivas puertas de sus habitaciones y mirar hacia el pasillo. Allí, solo pudieron ver, cómo dos ojos rojos voladores arrastraban un aparato de color amarillo que levitaba. Eso fue lo único que pudieron declarar. A pesar de que no había

iluminación, pudieron percibir los colores como si la iluminación no hubiera estado cortada. Los delirios eran ya colectivos. Pero ahora eran cuatro los que habían visto la misma cosa. Esperaron al día siguiente para contar lo ocurrido.

Justo cuando las vacaciones tocaban a su fin, el tema volvió a surgir entre los excursionistas. Y todos se sorprendieron, porque no habían sido los únicos que habían visto a la pareja de nórdicos en situaciones cuanto menos imposibles. Lo ocurrido la noche anterior era difícil asociarlo con los nórdicos, pero los sonidos provenían de la habitación 124, que ya estaba abierta cuando Jaime, Marta, Luisa y Esteban miraron al pasillo. Y los ojos rojos coincidían con los relatos de Manuel y Tristán. Todo encajaba, aunque con alfileres. Antes de avisar a las autoridades, decidieron asegurarse de que la pareja de nórdicos no eran tales. E hicieron guardia en torno a la playa adyacente al hotel. Ahora tenían sus cámaras fotográficas dispuestas. Y los querían descubrir *in fraganti*.

Nunca se habían percatado en los días anteriores, pero todos los días, los nórdicos acudían a la playa a las tres menos cuarto de la tarde. Era una hora muy poco favorable para los baños. Después de comer, lo único que puedes encontrar es un corte de digestión, en la playa. Eso ya era muy raro de por sí. Pero además, salían con dos enormes maletas. Y nadie acude a la playa con maletas. Nadie. Aprovechando un pequeño apilamiento de rocas, Martín, que era fotógrafo profesional, se camufló y encuadró perfectamente su objetivo para immortalizar las escenas que se iban a producir. No había nadie a trescientos metros a la redonda. La playa estaba completamente desierta. Solo los nórdicos y Martín estaban allí. Martín comenzó a gastar carretes. Los nórdicos abrieron las maletas. Martín fotografiaba paso a paso cómo montaban un extraño artilugio. Unos minutos después, un artilugio parecido a las hélices de un helicóptero estaba sobre la playa. Posteriormente, los nórdicos activaron un resorte del que salía un humo amarillo cuyo hedor Martín identificó como parecido al plástico quemado. Y se adentraron en el mar. Estuvieron casi una hora perdidos en el mar, no se sabe muy bien dónde y haciendo qué exactamente. Después, surgieron por el mismo sitio por donde se habían sumergido, pero aparecieron completamente secos, como si el agua no les mojara. Volvieron a desmontar el artilugio, lo recogieron en sus maletas y enfilaron el camino de vuelta en dirección al hotel. Martín regresó unos minutos después. Esa tarde, y rudimentariamente, Martín reveló sus carretes. Solo tres fotos habían salido correctamente. Las demás, aparecieron reveladas, como si una fuente de energía invisible las hubiera revelado. Pero las tres fotos fueron muy significativas. En una se veía cómo montaban el artilugio. En otra, los nórdicos se sumergen en el interior del mar. Y en la tercera, aparecen completamente secos mientras desmontaban el artilugio.

Aquella noche, los excursionistas decidieron avisar a la policía, que inmediatamente se personaron en el hotel. Para sorpresa de todos, el recepcionista les indicó que los nórdicos se habían marchado hacia las siete de la tarde, ya no estaban alojados allí. Sin embargo, la policía decidió inspeccionar la habitación 124. Allí encontraron lo que dieron en llamar como *la ferretería del futuro*. Sobre la cama había multitud de herramientas, sin ningún uso conocido, sin ninguna utilidad conocida por ninguno de los presentes. En el interior del armario apareció un artilugio, parecido a un pulpo, cuyos tentáculos acababan en pantallas, y que en el centro tenían bombillas alargadas y esponjosas... o por lo menos eso parecían. Y cerca de la terracita de la habitación aparecieron unos pegotes de goma... que actualmente consideraríamos como botones de un mando.

Las investigaciones policiales acabaron unos años después, y como suele suceder, con el caso archivado. Los nórdicos se habían registrado en el Hotel Valera como D. Fernando Caballero y como Dña. Lucía Jimeno. Cuando comprobaron el número de DNI, la central les dijo unas palabras estremecedoras: no tenemos constancia de que esos individuos existan, o al menos no están registrados por el Ministerio de la Gobernación. Y los números de DNI aún no han sido expedidos, pues todavía quedan bastantes para llegar a ellos. Simplemente, esos individuos, no existen.

Esta historia se basa, como siempre, en un caso real, que aconteció en Cádiz. El informe de la Guardia Civil existe en algún archivo gaditano. Hubo un par de individuos, de aspecto nórdico, con problemas en el habla, y que levantaron suspicacias entre los turistas. Cuando la policía acudió a investigar, ya no estaban en el hotel. Pero encontraron en la que había sido su habitación unos artilugios y herramientas fuera de todo contexto. Simplemente, nadie supo nunca para qué podían servir.

(*Más información en *La quinta columna*, págs. 258 y ss.)

ESPERO QUE OS HAYA GUSTADO. GRACIAS POR LEERME. VK.